



PROEMIO

Reverendísimas autoridades eclesiásticas, miembros de órdenes e instituciones religiosas, excelentísimas e ilustrísimas autoridades civiles, presidentes de Corporaciones Bíblicas, Hermandades y Grupos, cofrades y hermanos mayores, señoras y señores, cofrades, familiares y amigos, hermanas y hermanos todos:

En primer lugar, he de agradecer, sincera y cordialmente, la bellas palabras de presentación de mi buen amigo y compañero don Juan Ortega Chacón, nacidas de su sabiduría y su bien decir, mezcladas con el aprecio y la amistad verdaderos, que hacen excesivo el elogio de este pobre aprendiz de poeta, que muestran la admiración y el fraternal cariño que ambos nos profesamos desde ha muchos años. No podré jamás olvidar que en el mismo momento en que le pedí que me presentara en este solemne acto, aceptó, generoso y complacido, sin dudar ni un solo instante.

Gracias, amigo Juan Ortega, un día preclaro pregonero, columna perdurable de la mananta pontana, gracias por tus poéticas, cálidas, hermosas palabras. A cambio de tanta gentileza, únicamente te puedo entregar mi agradecida e inacabable amistad. Sabes que siempre has contado con ella, no dudes que siempre la tendrás leal a tu lado. Que Jesús os bendiga, hoy y todos los días de vuestra vida, a ti, a tu esposa y a tus hijos. Que María Santísima del Amor os guarde, bajo el albo manto de su maternal protección.

También en estos gratos momentos quiero dar las gracias, de todo corazón, a don José Lorenzo Aires Rey, amigo y compañero, quien, siendo presidente de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas, me propuso, en el cuartel de “El Cirio”, el día 21 de febrero de 1997, el alto honor de ser humilde pregonero de la Semana Santa de Puente Genil. Gracias, José Lorenzo, y gracias, a la par, a la anterior Junta Directiva de la citada Agrupación.

Tampoco he de dejar de recordar, siempre agradecido a un entrañable amigo, compañero durante años, a un hombre bueno, a don José Segundo Jiménez Rodríguez, editor de mi primera obra publicada, quien aporta, desde hace décadas, su mucho saber, su total entrega, al engrandecimiento de la historia y de las tradiciones de nuestra amada villa.

No puedo menos que agradecer a don Manuel Bueno García, presidente de la Agrupación de Cofradías y a toda su Junta Directiva, sus deferencias con mi modesta persona, y, sobre todo, su constante esfuerzo en pro de la mananta, a favor del mantenimiento y esplendor de nuestras seculares tradiciones.

Mis más jubilosas felicitaciones a don Jesús Rivas Carmona, magnífico pregonero, ilustre profesor universitario, entrañable amigo desde los alegres años de la juventud, quien fue el excepcional embajador que me introdujo en el mágico universo de nuestra Semana Mayor, y a don Miguel Martín Flores, que ha recibido el merecido galardón de ser nuestro Manantero Ejemplar.

Gracias también a don Juan Fernando García Arroyo, por su eficiente labor como jefe de protocolo en este acto y a todos los que han colaborado tan desinteresada y eficazmente en él.

Gracias a todos ustedes, por su amable asistencia. Les deseo toda clase de bendiciones celestes y les ruego disculpen mis errores, mis muchos olvidos, causados por la ignorancia, las inhábiles palabras de este profesor de rota voz, con treinta años de docencia en su cascada garganta, veinte de ellos gozados en La Puente bella.

Sencillas y desmañadas palabras, quizás excesivas en número; a pesar de haber suprimido, para su lectura, no sin dolor, varias páginas de este pregón. Palabras y frases, que fueron escritas con ilusión y entrega, surgidas del amor verdadero a esta ciudad de mis años felices, a la que he dedicado, gustoso, muchos de mis versos, las cuales les ruego lleven con suma paciencia; pues trataron de rodear lo inabarcable, trataron de pregonar lo inefable, quisieron reflejar infructuosamente la luz inmensa y singular de nuestra gran Semana Santa, que ya comenzó la noche del pasado Viernes de Dolores, con el penitencial Vía crucis.

De nuevo, muchas gracias a todos ustedes, gracias de todo corazón.



PREGÓN

Al sur de la España inmortal, en el cabo suroeste de la Córdoba altiva romana, hebrea, árabe y cristiana, en el exacto centro geográfico de la Andalucía eterna, en el mismo corazón de la región más grande de la patria, junto al murmullo del Genil, mágico río, tan cantado por los siglos, rodeada de fecundas huertas, de fértiles campos ante la pétrea y atenta mirada de Anzur, elevándose de la tierra al cielo, bajo las cumbres benditas del Calvario, se halla La Puente, como blanca nave que se mece feliz entre las verdes ondas de olivares.

Esta es la excelsa tierra que hoy, gozosa aunque torpemente, pregonamos. Este es el solar común de todos los pontanos, presentes y ausentes. Esta es la villa dichosa a la que, uno de sus más universales hijos, Manuel Reina, comparó con la lorquiiana luna de pergamino, la alegre y risueña pandereta, y de la que, en sus versos, cantó sus bellezas y alabó su inmenso corazón.

Esta es la apacible y festiva ciudad cordobesa que sabe laborar constante, caminar firme hacia el progreso y ser, en los días de ocio, la primera en el gozo fraternal, la postrera en la tristeza.

Esta es la patria chica de mi santa esposa, Julia, báculo de mi vivir, y de mis buenos hijos, la bendita tierra en la que reposa, hasta que el Divino Nazareno vuelva al final de los tiempos, mi padre, Ramón Núñez Larraz, hijo de hidalga familia salmantina, fundadora, en 1883, del diario “El Adelanto”, infatigable amante de los animales, a los que dedicó su vida y por los que en más de una ocasión, al verlos sufrir, le vi llorar amargamente.

Este es Puente Genil, pueblo solidario cual ninguno, que supo abrazar al Pontón de don Gonzalo y a Miragenil, haciendo de dos comunidades, de dos orillas, una; pues lo que la hija naturaleza, fruto magnífico del Padre Creador, separó, la sociabilidad, el corazón enorme de esta ufano villa, ha sabido unir ya para siempre.

Esta es la alegre urbe, en la que este pobre aprendiz de pregonero, como polizón dichoso, encontró un día, techo, calor y cobijo, larga labor, sinceras amistades, feliz aposento y patria, cálido camarote en la azarosa y dura travesía de los mares de la vida y en cuyas amorosas redes quedó prendido su corazón, desde los dulces días de la juventud, propicio tiempo que nunca ha de volver.

Este es el hogar patrio de grandes, ilustres, universales hombres. Bajo esta luz suave y transparente nacieron músicos inspirados, arquitectos y alarifes singulares, gloriosas plumas; estudiosos, ingenieros, militares y técnicos, de reconocido prestigio; artistas de gran valía, nobles médicos, abogados y maestros; artesanos y orfebres de sabia mano; emprendedores empresarios y comerciantes; obreros y operarios de exquisita labor... Todos ellos forman un sinfín de fructíferos hombres y mujeres, quienes, a través de los siglos, han ido llevando, noble y orgullosamente, el sagrado nombre de su villa natal por tierras hispanas y foráneas y han sabido dejar huella imborrable de su bien hacer.

Interminable y siempre incompleta será la nómina o relación de tantos hijos e hijas de Puente Genil que han hecho y hacen que esta gozosa ciudad sea conocida en el último rincón de España y reconocida por sus valiosas virtudes, por las espléndidas realizaciones de sus hombres.

¿Qué podremos decir, con rigor y justeza, de las grandes obras, de las innumerables páginas, que ha dado La Puente a la Literatura española y universal?

Tres grandes nombres brillan con luz singular, en el excelso libro de las letras hispanas Manuel Reina, precursor del Modernismo y de toda la poesía posterior, Ricardo Molina, portavoz del Grupo “Cántico”, extraordinario creador, y Juan Rejano, figura también reconocida entre nuestros mejores literatos, a quien Méjico lloró tanto y al que aguardamos con anhelo, frustrado tristemente un trágico día del estío de 1976.

Y junto a ellos una incontable pléyade de inspiradas plumas: Miguel Romero, Rodolfo Gil, Antonio Aguilar y Cano, Agustín Pérez de Siles, Baldomero Jiménez, Agustín Rodríguez, Pérez Carrascosa, Cabello y Cabello, Manuel Reina Porras, Arroyo Morillo, Joaquín González Estrada, Manuel Mendoza, Antonio Serrano, Vicente Rubio, Antonio Pérez Almeda, Luque Estrada...

¿Quién no es tentado y aun diríamos urgido, por esta ingente y valiosísima galaxia de autores, para decidirse a escribir una “Antología de la poesía pontana”, un texto que reúna las más inspiradas composiciones de estos inmortales poetas?

De seguro que sus páginas compondrían un voluminoso e importante libro que causaría alabanzas y admiración de críticos literarias y de lectores y al que auguramos, desde este sencillo pregón mananero, el éxito editorial, si alguien acometiera esta grata y necesaria empresa.

Animamos a los jóvenes estudiosos e investigadores pontanenses para que no guarden en el desván del olvido estos sagrados nombres de nuestros escritores, cuyas obras no han de perecer nunca, ya que, si ellos partieron hacia los pies del Divino Nazareno, quedan sus palabras y sus versos, nos dejaron su amor inmenso a su pueblo querido...

¡Cómo se agolpan ahora en nuestra débil memoria tantos y tan agradables recuerdos de aquellos gozosos años de juventud, de aquellos deleitosos días de felicidad, saboreados en La Puente bella!

En tropel acuden dulces remembranzas: los baños en las transparentes aguas de “El Charco”, los merenderos en la playa fluvial de Torremembrillo, oasis en el calor del estío, las alegres cabalgatas de los Reyes Magos, llenas de confetis y confites, los multitudinarios Carnavales, el anhelado y tan celebrado Día de San Marcos, en el que la ciudad se desaloja, la majestuosa procesión de la Virgen de los Desamparados, entre la niebla de cohetes y tracas, en la papulosa Matallana, el “Domingo Santísimo” en Miragenil, las verbenas de San Juan en el Barrio de “La Isla”, cuna primitiva de nuestra villa, y en la Ribera Baja, fértil y ameno lugar, las de San Pedro, en la paradisíaca aldea de Sotogordo y en las Cantarerías, la de Nuestra Señora del Carmen, en la barriada de La Estación...

¡Cómo se agolpan y acuden los gratos recuerdos de un tiempo ya perdido, que nunca ha de volver!

¡Cómo no recordar al viejo barquero del río, con su cuasi circense y añosa barca, milagrosamente aérea, sobre las barbas de plata de la corriente!

¡Como olvidar la explosión multicolor de la Huerta de la Barca en primavera, el aroma intenso de mil perfumes florales, el vuelo de golondrinas, jilgueros, vencejos y gorriones en la tranquila tarde!.

¡Y aquellas norias, prodigio de siglos, incesantes en su circular carrera, incansables en su cotidiano laborar, dando savia fluvial a nuestras huertas, repletas de dulces verduras, de frutos refrescantes y saludables!

También evoca la frágil memoria al paciente barquillero, en la Plaza de San José, rodeado de chiquillos, cuyos ojos no se apartaban de la mágica rueda que daba la suerte y unos instantes de felicidad, al afortunado niño que poseía una pequeña moneda.

Y el vendedor callejero de helados, con su carrito multicolor, ansiando toda la chiquillería su refrescante mercancía. Y el recuerdo de las palomas, del río, de los ocres caminos y las veredas, de las nevadas copiosas de aquellos distantes años setenta. Y el sonido de las campanas de Nuestra Señora de la Purificación, de la Concepción, de San José, de Jesús Nazareno. No podremos jamás olvidar que, a la sombra regalada de la sagrada casa de Nuestro Patrón Divino, en el Parque de Los Pinos, pasaron sus primeros días de vida, crecieron, sanos y felices, Julia, Ramón, Carmen y Rut, hijos, junto a la malagueña Laura, de este inmérito pregonero, que recibió el inmenso honor, un hermoso día, de ser Hermano Mayor en la Procesión de Jesús Sacramentado en la tarde del Corpus y otro, también inolvidable, inútil cantor, en el hermoso cuartel del Imperio Romano, de nuestra Santísima Patrona, la Inmaculada Concepción.

Son tantos y tan imborrables y dulces recuerdos que es imposible hacer relación, ni exacta ni siquiera aproximada, de ellos.

Todos, en fin, portamos en el corazón muchas gratas vivencias, personales, queridos y felices recuerdos que nos han de acompañar placenteramente durante toda nuestra vida. Esta tierra bendita de Puente Genil nos ha visto nacer o crecer, nos ha hecho hombres y mujeres, y está grabada indeleble y gozosamente en nuestras almas, ya para siempre...

Veintiocho de marzo, domingo, del año del Señor de 1999, último de los años que comenzaron con los dígitos mil novecientos, en el altozano ya del tercer milenio, en el rellano ya del XXI siglo de la era cristiana. “Domingo de Ramos: el que no estrena se queda sin manos”, decía mi buena madre, Enriqueta Guerrero Milanés, aquí presente, a sus siete hijos, de los que soy primogénito.

Hoy es Domingo de Ramos en Puente Genil. Decir Puente Genil es decir Semana Santa. Decir La Puente es decir mananta, manantero, manantera, manantería, mananterismo. Voces propias de nuestro pueblo, como lo son rostrillo, rebate, alpatana, cuartel, reverencia, corporación, grupo o vieja cuaresmera... Son vocablos, llenos de significado, que nos evocan

recuerdos únicos, vivencias inolvidables, momentos de felicidad, a todos los hijos de esta hermosa villa.

¿Qué podremos decir con objetividad y autenticidad del mananero pontano?

Es el hombre entregado a las tradiciones más profundas, que heredó de sus mayores, es el hermano que anhelo la llegada de la Semana Mayor, es el pontanés que se siente dichoso y orgulloso de ir vestido de figura bíblica, que desfila enhiesto, valiente y esforzado, pleno de majestuosidad y gallardía, con sus queridos hermanitos de Corporación. Es el puenteño que sufre el peso de las trabajaderas, de los varales, el pontanense que siente sincera devoción por sus sagrados Titulares, que asiste a los cultos cuaresmales, que contribuye con su arte y sus ideas, con su “granito de arena” y su enorme cariño, al mantenimiento y al esplendor de sus procesiones: milagro repetido, cada año, de ver salir, en apenas nueve días, setenta imágenes y esculturas singulares, trescientas páginas bíblicas, hechas carne y hueso, hechas corazón y sentimiento, ciento cincuenta hermanos del simpar Imperio Romano, distribuidos en seis inigualables escuadras; en fin, cientos y cientos de alumbrantes, nazarenos y penitentes, que se agrupan en veinticuatro Cofradías y más de setenta Corporaciones; además de miles y miles de espectadores, admirados, expectantes, emocionados, quienes gozan, sin cesar, del arte, del colorido, de los detalles, de la grandiosidad, de la belleza, de esta Semana Santa, la más singular, impresionante, rica y maravillosa de toda España y -¿por qué, no?-de toda la cristiandad, del mundo entero.

Esto es ser mananero pontano. Dicho de modo breve, impropio, apresurado. Esto y mucho más. Pues el mananero piensa todo el año en su Semana Santa. En septiembre, tras la Feria Real de agosto, al ir dejando atrás los calores estivales, ya comienza a preparar y a participar en cabildos y reuniones, trabajos que continúan, con frecuencia y rigurosidad, en los meses invernales, y que se van haciendo realidad en la cuaresma y, sobre todo, en cada salida procesional, en cada paso, corporación o grupo.

Aquí, por fin, se han cambiado los deteriorados faroles de cola, allá se ha bordado un hermoso palio, acullá se han remozado túnicas, capas o martirios.

Este mundo del mananero es un universo de vivencias, de detalles, de faenas oscuras y anónimas, de entrega total, para que todo un pueblo goce de unos días únicos en todo el año, de unas horas de espiritualidad, junto a los venerados Titulares de su Cofradía, junto a los hermanos de Corporación.

¿Qué no decir de las exquisitas, artísticas y meritorias labores de las delicadas manos de las bordadoras, que queman sus pupilas para exornar un manto, para hacer que brille, cual trozo de firmamento, un palio mariano, mientras susurran los argénteos varales su suave y rítmico son, al chocar los cordoncillos de las bambalinas y sus borlas áureas sobre ellos.

Son momentos que nos transportan un poco hacia fuera de este mundo falaz y que nos hacen entrever “un cachito de cielo”, un instante de gloria.

Son esos minutos de felicidad, de devoción sincera, en que enviamos una oración a Nuestro Señor o María, su Santísima e Inmaculada Madre, son esos segundos en que dejamos, con el alma, un beso o una súplica a nuestra imagen amada.

Esto y mucho... Muchísimo más es ser manantero. Esto y muchísimo más hace el buen manantero pontano.

¿Y qué no decir de los artistas, orfebres, artesanos, pintores, mayordomos, floristas, artífices y colaboradores de todo tipo, quienes con sus virtuosas manos, ya visten con primor una imagen, preparan un rostrillo, forjan un martirio o una diadema, ya perfilan un “gloria”, colocan con exactitud un tren de velas, ya llenan el paso, hasta el último de sus huecos, de rosas, gladiolos, brezos, lirios o claveles, que nos hacen quedar admirados, sobrecogidos, de la grandiosidad, de la belleza, de la exquisitez y el buen gusto de los ornamentos y galas de todas y cada una de nuestras santas imágenes, que se muestran, para gloria de Dios, en nuestras bellísimas e incomparables procesiones de Semana Santa ?.

¡Esto es ser manantero! ¡Esto y mucho... Muchísimo más hace el buen manantero pontano!.

Hoy es Domingo de Ramos. Comienza la gran Semana de Dolor y de Gloria en la que conmemoramos todos los cristianos la Pasión, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios, de Jesús Nazareno, del Mesías, anunciado por los profetas de Israel y anhelado por las naciones todas, único Salvador de la humanidad entera.

Hoy es Domingo de Ramos. Sin embargo, aún tenemos muy cercano todo lo vivido y gozado en la Cuaresma. Si singular, inigualable y única es nuestra Semana Santa, no es, de seguro, común o rutinaria la cuaresma pontana.

El Jueves Lardero, lleno de cohetes, música y saetas, es el oportuno preámbulo de estos tiempos cuaresmales, en los que:

“Entre quinaros, sermones y letanías, pasamos en la gloria cuarenta días”

En la gloria, es lo cierto, de las celebraciones litúrgicas, de los cultos cuaresmales, dedicados a cada uno de los sagrados titulares de nuestras Cofradías, en el gozo de las sabáticas subidas al Calvario, de las Semanas Culturales que organizan algunas Corporaciones, en el regalo de las exaltaciones de la saeta cuartelera, de los concursos, conciertos y recitales, en el don de los pregones, cabildos y reuniones y en la dichosa entrega de múltiples preparativos, afanes y desvelos, en los que participan cientos y cientos de pontaneses, de cofrades y hermanos.

¿Qué decir con idónea precisión de las nocturnas subidas de Los Romanos, en los sábados cuaresmales, a la sagrada Ermita de Jesús Nazareno, nuestro Divino Patrón?. ¡Cómo anhelan los pontanos la llegada de esos especiales momentos!

¡Cómo los hermanos ausentes recuerdan, muy alejados quizá de su amado pueblo, con cariño y nostalgia, aguardando siempre volver un día, el son de los pasodobles y las alegres marchas de Los Romanos y de Los Ataos, con su blanco y domesticado gallo, los emotivos misereres a Jesús, Nazareno Divino, los “Stabat Mater” a su Dolorosa Madre, en su Pórtico, el cual se recorta, en la noche, con sus torres que semejan saetas, columnas o escalas, que quieren acercar, por unos instantes, el cielo a La Puente!.

Y se ven allí los sinceros saludos y abrazos de los amigos, tal vez largamente separados por el tiempo y la distancia, y se muestran entonces los ojos emocionados de la apiñada multitud, la cual, bajo el cielo estrellado, se arremolina en la empedrada plaza y mira hacia la ermita cerrada, musitando una oración, lanzando un sincero viva o cantando una bella cuartelera, al que está detrás de esas benditas puertas, al “Terrible”, al Divino “Amo de toas las cargas”.

Y el enorme gentío que bulle en la calle Aguilar, en la Veracruz, en la cuesta de la Amargura. Y cada corporación y cada grupo que se van incorporando, desde sus cuarteles, que se reúnen en su habitual esquina o rincón y, en la inclinada explanada, comparten, entre ellos y con todo el que se acerca, una “refrescante uvita”, de manos del servicial y siempre presto alpatana. Y los hermanos que cantan y cantan -también cantar es orar-, que gustan de estos momentos mágicos, tan singulares y sentidos para todos los hijos de Puente Genil e incluso para muchos no nacidos en La Puente quienes, de todos es conocido, recorren, a veces, miles de kilómetros, para estar presentes en alguno de estos sábados de Cuaresma, en los cuales se mezclan los sentimientos más sinceros, la generosidad y fraternidad de los pontanenses, el olor de las bengalas, la festiva algarabía de la multitud, el sonido alegre de la música, el embrujo de la noche pontana, primaveral y dulce, mientras, allá arriba, la luna recorta la impresionante silueta del excelso templo de Nuestro Divino Jesús, de nuestro “Terrible” Nazareno.

¿Y qué sabremos decir, con aproximado acierto, de los cuarteles pontanos, cuna del mananterismo, escuela de virtudes, academia de todas las artes, liceo de la amistad y las buenas costumbres, universidad de la hermandad y la amistad verdaderas?.

Desde jóvenes, los pontanenses aprenden a convivir y a compartir en su cuartel, se ejercitan en cantar emocionadas, poéticas y religiosas saetas cuarteleras, que llenan de sentimiento y de belleza las calles de nuestra villa, que descienden por las suaves laderas hacia el Genil, que duerme en la noche su sueño mágico de siglos, y que ascienden, como devotas plegarias, hacia las esferas celestes.

En el cuartel pontanés se viven y gozan horas de verdadera felicidad. En él se reúnen, disfrutando, tras el diurno laborar, de vespertinos ágapes, en fraternal armonía, mayores y jóvenes. En él se agasaja con delicada atención a los hermanos invitados y forasteros, se comparten saetas y más saetas -¡a cuál más hermosa!-, se eleva una oración, se lee una página evangélica, se entona un himno a coro, se olvidan las diferencias sociales o personales, se estrechan los lazos de amistad, se acrecientan los sentimientos de unión y concordia, se anudan, con el corazón, todas las tradiciones mananteras que nos legaron nuestros padres.

El cuartel pontano es paraíso de todo manantero, portentosa semilla de fraternidad que se debe mantener viva, para que vaya creciendo más, año tras año, a través de la nueva centuria que se acerca, y nunca se agoste.

El es orgullo de nuestro pueblo, crisol de innumerables vivencias, rico depósito de nuestras bellas y singulares figuras bíblicas, museo secular de entrañables reliquias y recuerdos, privilegio dichoso de los afortunados hermanitos que lo forman y engrandecen, isla de sosiego, refugio de amistad, rico panal para todos los que desean ahondar en el amor a este pueblo tan especial, para todos los que anhelan gustar de las centenarias tradiciones heredadas de nuestros antepasados...

El centro, el eje vivo, la razón de ser de cada Corporación bíblica, es el conjunto de sus figuras, alegorías y símbolos, cuyos orígenes se remontan al siglo XVII.

Las figuras representan a personajes históricos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, así como numerosos pasajes evangélicos, además de las que se relacionan con motivos alegóricos o simbólicos de nuestra santo Religión.

Hieráticas, majestuosas, singulares figuras bíblicas, llenas de arte y colorido, de empaque y belleza, cuya originalidad y cuya riqueza de matices son causa de profunda admiración y verdadero goce de todos los que se acercan a contemplar su porte lento, grave y silente, formando luengas hileras, unas tras las otras, plenas de belleza, color y gallardía, verdadera Biblia caminante, hecha realidad en nuestras calles.

Hermosas, cuidadas, centenarias figuras, con sus variados ropajes y mantos, con sus largas cabelleras y diademas, con sus artísticos rostrillos, portando los bellísimos y adecuados atributos o martirios del héroe o protagonista, al que reproducen tan didáctica y estéticamente.

El conjunto de figuras bíblicas que se derrama, parte a parte, poco a poco, cual raro y exquisito perfume, en las numerosas y diversas procesiones de la Semana Santa de Puente Genil y que se muestra, en su espléndida totalidad, en el magno desfile del Domingo de Resurrección, es una verdadera joya de incalculable valor, compendio de arte y tradición, síntesis bíblica pero enseñanza del pueblo cristiano, portentosa y multicolor representación religiosa de más de trescientos actores, quienes viven e interpretan con presteza, orgullo y dignidad, durante horas, su sacrificado papel, su difícil labor.

Elegantes, espléndidas, entrañables figuras bíblicas, de nuestra extraordinaria Semana Mayor, a la que todos llevamos en nuestro corazón, pertenecientes a las setenta Corporaciones pontanesas, que hacen que mayores y pequeños siempre nos detengamos, para contemplarlas de cerca, largo rato; las cuales logran, año tras año, que nos dirijamos, con presura y vehemencia, hacia la calle de Santa Catalina, en la mañana del Viernes Santo, para admirar sus mayestáticas reverencias a nuestro Divino Jesús, o bien, a la tarde del mismo triste y grandioso día, para ver sus sentidas despedidas de “El Terrible” en el Pórtico de su sagrado templo: “¡Padre Mío, hasta el año que viene si Tú quieres!”.

¡Qué maravilla, qué originalidad, qué belleza la de nuestras figuras bíblicas!

Mas de trescientos trozos vivientes, auxiliados por sus “rebateos”, tomados del más excelso de los libros, del más sagrado de los escritos, ufanos desfilan, por nuestras abarrotadas calles, en estos santos días, sin contar los ciento cincuenta hermanos miembros de la más antigua de las Corporaciones pontanesas: el majestuoso, inimitable y magnífico Imperio Romano, que, en 1871, fundió en uno a los viejos grupos de “Pajizos” y “Coloraos”, presidido por su Capitán, Oficiales y Abanderado, cuya enseña granate, con el escudo de su decana sede, rematada con un águila imperial, se despliega al aire dulce y transparente de nuestro pueblo, ante los admirados ojos del gentío, que bate sin cesar palmas, a su marcial paso, entre los colores (azul, verde, cardenal, oro, grana y tabaco) de sus seis inigualables y exornadas escuadras, -“oro y plata en mil bordados”-, que pasan, por nuestras repletas calles, llenas de grandeza y esplendor, al son de alegres pasodobles e inolvidables marchas, tal como “Recuerdo”, “Enriquetilla” o “Gloria al Muerto”.

¡Cuanta grandeza, qué de riqueza, cuantos matices encierra nuestra simpár Semana Santa!

¿Cómo cantar y contar con tino tantos detalles y motivos destacables, tantos aspectos dignos de alabanza y recuerdo?

La débil pluma de este pobre aprendiz de pregonero, de este humilde cantor, no puede ni siquiera acercarse a ponderar, ni adecuada ni aproximadamente, tan grande explosión de sentimientos, tal variedad de momentos emotivos, la grandiosidad, en suma, de nuestra Semana Santa, noble orgullo de todos los pontanenses, perla valiosísima y única, dentro de las manifestaciones religiosas, no sólo de Andalucía, sino de toda España.

En estos momentos, a modo de ejemplo, aunque todas las Corporaciones bíblicas y todos los Grupos son dignos de encomio y merecen ser ensalzados, cada uno en sus peculiares rasgos, en sus valores, en su rica variedad, no podemos dejar de decir unas palabras sobre un grupo y una corporación a los que estamos especialmente unidos, sobre una corporación, “Los Testigos Falsos de Jesús” y un grupo de alumbrado, “El Viejo Pelicano”, los cuales nunca podrán apartarse de nuestra memoria, que llevamos grabados en el corazón, con el fuego del cariño, con las áureas letras del amor y de la amistad que les profesamos.

En el magnífico cuartel de “Los Testigos”, sito en la calle Poeta García Lorca, leí, por primera vez -y luego muchas veces- en público, versos mananteros. Fue un Sábado de Romanos, en la cuaresma de 1985. En aquella noche inolvidable, extraordinaria, se estrenó, con acordada música de José Manuel Cuenca, el inspirado himno de esta añeja Corporación, fundada en 1882, cuya letra escribió mi buen amigo y compañero, Manuel Serrano Morales, quien descansa ya, de los afanes de este mundo, en la paz eterna.

¡Cuántos Sábados de Cuaresma, cuántos Jueves Santos, cuántos ratos dichosos hemos disfrutado junto a los amigos, junto a los hermanos todos de esta antiquísima y siempre joven Corporación! ¡Cuántas horas de gozo hemos pasado junto a tantos entrañables y tan cariñosos amigos -ellos suelen decir graciosamente que “son falsos pero no chismosos”-, quienes, como sabemos, están siempre entregados, en toda ocasión dispuestos, para acrecer, como han hecho muchas veces, la Semana Santa de nuestra villa, con su valiosa entrega, con sus numerosos sacrificios!

¡Cuántos momentos de felicidad hemos gustado entre nuestros “Testigos Falsos”, quienes celebran ahora el XXV Aniversario de su Reorganización, oyendo estremecedoras saetas, bellos himnos, alondras y cantos tradicionales, que a nuestro ánimo hacen emocionar, palabras llenas de sinceridad y sentimiento, versos inspirados, gozando de vivencias mananteras que nunca se han de olvidar; entre los alegres vivas y el estruendoso son de sus tambores, cuyo rítmico y sonoro compás es dirigido por el largo y elevado brazo del destrísimo capataz de María Santísima de la Victoria y amigo siempre, Jerónimo Guillén, con enorme maestría y ademanes poderosos!.

“Los Testigos Falsos de Jesús” han querido amablemente participar en este acto y lo van a enriquecer con el canto conmovedor de la más antigua y singular manifestación musical de nuestra Semana Santa: la saeta cuartelera.

Canta Jerónimo Guillen

Antes de dedicar mis torpes, aunque sinceros, vocablos de reconocimiento y cariño a los hermanos de “El Viejo Pelicano”, y a modo de agradable inciso, quisiera detenerme unos instantes en el elogio, merecidísimo y siempre incompleto, de la mujer pontana, de todas y cada una de las benditas mujeres de nuestro pueblo.

No obstante, queridos hermanos, amables y pacientes oyentes, ¿qué sabremos, en justicia y verdad, considerar de nuestras santas mujeres? El cielo nos ha regalado con su belleza manifiesta, con su elegancia y señorío, en el estar, en el andar, en el vestir y en el ser, más sobretodo, con sus grandes virtudes.

A la hacendosa mujer pontana, en toda ocasión, la encontraremos dispuesta a colaborar de firme en su Semana Santa. Ya durante la cuaresma, va encalando su fachada y acicalando la casa, sacando de baúles y armarios las túnicas, preparando, con esmero y delicadeza, ricos dulces y confites: magdalenas y rosquillos, tortitas de aceite y crujientes ochíos, verdaderas obras de arte de nuestra repostería local, que hacen las delicias de mayores e infantiles, tales como los que, con primor, elabora mi buena madre política, Carmen Arroyo Deza y, a pesar de que aumenten manifiesta e irremediabilmente los perímetros de ciertas cinturas, desgraciadamente propensas a ello, no nos podemos resistir a degustar con liberalidad estos deleites, aunque rompamos regímenes durísimos, mantenidos y sufridos durante largos e interminables meses.

La buena mujer pontanesa, inteligente y comprensiva, deja que su hijo, esposo o novio participe en su Corporación, en su Grupo, que goce en el cuartel, puesto que sabe está en la amable compañía de sus amigos y porque lo tiene atado, de pies y manos, de corazón, con su amor, sus desvelos, su generosa entrega, de novia, de esposa o de madre.

La noble mujer pontanesa también escribe bellas páginas en nuestra Semana Santa, participa en su cofradía, en el cuidado y engrandecimiento de sus sagrados titulares, dedicando, inspirada, su pluma a ellos, expresando su sentir mananero, cantando delicadamente, recitando versos, vistiendo las santas imágenes, llenando, artística y sabiamente, de adornos, velas y flores los pasos de nuestros Cristos y de nuestras Vírgenes, bordando, con primor, sayas, mantos, palios y estandartes, aprestando trajes y vestidos, que se han de lucir en estos festivos días, y, ante todo, caminando, llena de fe, como alumbrante, en largas hileras, con piedad y devoción, en las salidas procesionales, durante horas, por nuestras calles, que huelen, a incienso y a azahar, a primavera pontana, ¡casi tan bien como ella!

¡Nunca, nunca podremos comprender y ensalzar suficientemente las virtudes, la belleza, el muchas veces silencioso e importantísimo esfuerzo, el constante sacrificio de nuestras santas mujeres, no sólo en estos solemnes días, sino en todas nuestras vidas!

Al comienzo de la calle del Sol, muy cerca de este sagrado templo, se halla la sede de “El Viejo Pelicano”, primer Grupo del Santo Sepulcro, cuyos orígenes se remontan a los años veinte de nuestra ya caduca centuria.

Este sencillo, pequeño y empero, acogedor y entrañable cuartel, como todos los de nuestro pueblo, ha tenido siempre las puertas abiertas a la institución religiosa de la que me honro en formar parte desde hace muchos años, la Antigua y Fervorosa Cofradía de Nuestro Padre Jesús en la Oración del Huerto y María Santísima de la Victoria. ¡Cuántas dulces

noches de primavera, cuántas del suave otoño, cuántas horas gélidas de invierno e incluso, en medio, a veces, del largo y cálido estío, días agradables siempre, hemos pasado en esta casa, en juntas, reuniones y cabildos -como bien conocen, pues ellos estaban allí, muchos de mis hermanos cofrades, aquí y ahora presentes-, tal como si estuviéramos en nuestro propio hogar!.

Pequeña y placentera sala del primer piso del número cinco de la calle del Sol, cuartel de “El Viejo Pelicano”, con sus antiguas fotografías, sus delicados versos, sus imágenes benditas, pergaminos y recuerdos, en la que, además, hemos vivido emotivas noches en los Sábados de Cuaresma y donde, por primera vez en mi vida, tuve la dicha de elevar una de las siete extremidades de la típica y enjuta anciana de madera que porta largo rosario y canasta con reseo bacalao, espinacas y rabanillos; esto es, me cupo el honor, como aquí, coloquialmente, decimos, de “quitar la pata” de la popular y de todos conocida “Vieja Cuaresmera”, símbolo y reloj semanal de este singular adviento pontano de Cuadragésima.

Reducida y confortable sala, en la cual, al fondo, tras un exiguo mostrador, se halla la diminuta cocina que posee, milagrosamente, el poder de agrandarse y es capaz de servir candentes y reconfortantes viandas a una treintena de comensales. Un número mayor, a todas luces, sería imposible atender en ésta, pues ya ni siquiera cabrían materialmente en aquélla.

Alegre y amable sede, con sus dos grandes ventanales, desde los que se divisan el sinuoso caminar del Genil, los numerosos huertos que lo circundan en dirección a lo apacible aldea de El Palomar, que se alarga bajo la sombra del férreo puente, cuna de Antonio Arjona Guerrero, mi buen padre político, la bella y blanca estampa de Miragenil, donde destaca la silueta de su Iglesia, en cuya fachada, cual astro brillante y en colorista y andaluz mosaico, cabalga triunfante, el Hijo del Trueno, Santiago, Apóstol de Jesús, Patrón de España, a quien cupo la dicha de ser animado, en su afán evangelizador, por la Bendita Señora del Pilar; por el que celebra Compostela su Año Santo.

Amado Cuartel de “El Viejo Pelicano”, que, hace unos años, sólo contaba yo con un puñado de hermanos que estaban dentro de la respetable edad de la vetustez o se acercaban a ella y que, a punto quizá de desaparecer, en 1991, recibió la savia nueva, la milagrosa incorporación de una veintena de jóvenes, llenos de ilusión y deseosos de que no se perdiera este antaño grupo de “capiuchos”, al que pertenece mi único hijo varón, Ramón, y muchos de sus amigos de la infancia...

Este es el secreto del mantenimiento de nuestras tradiciones: pasar, con pureza, sacrificio y rectitud, de las cansadas manos de los mayores, el santo testigo, la llama viva de las más nobles esencias pontanas, a los fuertes brazos de los más jóvenes, quienes, al surcar los años, asimismo habrán de visitar el inevitable “arrabal de senectud” y tendrán que hacer semejante labor con los nuevas generaciones, las cuales, de cierto, mantendrán encendido, a lo largo del siglo que se vislumbra en el horizonte, con límpido fuego mananero, la devoción religiosa sincera, que ascenderá perpetuamente desde todos los sencillos corazones, como ofrenda de amor y de fe, a los pies del Divino Nazareno de la Puente.

Amablemente, los hermanos de “El Viejo Pelicano” nos ofrecen ahora el canto del Himno de su Grupo.

Hoy es Domingo de Ramos. Ayer, Sábado de Pasión, comenzaron las estaciones de penitencia, con la salida procesional de Nuestra Señora de la Guía, Madre de “Los Ataos”, el primero de nuestros treinta y dos magníficos pasos, el cual celebra este año las Bodas de Plata de su Reorganización.

La dulce Virgen de la Guía, acompañada de cientos de alumbrantes, llena de belleza, adornada con primor, recorre nuestras calles, entre la alegría de los pontanos, que ven de nuevo abrirse el rico, colorista, tradicional y vivo libro de la Semana Santa, nobilísimo orgullo de todo un pueblo, guardado amorosamente desde hace más de cuatrocientos años.

La antiquísima imagen de la Madre Hermosa de la Guía, entre bengalas, saetas y vivas, a medianoche, se encierra en el Santuario de la Concepción, a los sones y al ritmo alegre de la marcha “Barrabás”, con los cálidos aplausos del gentío, que se apiña a las puertas del dieciochesco templo, joya del barroco pontanés.

En la madrugada del Sábado al Domingo, la calle de Jesús se va llenando de personas de toda edad. No importa la hora. Han comenzado las procesiones y se pierde un poco la noción del tiempo. Se disfrutan las salidas, los itinerarios y los encierros. Es sólo una semana y hay que verlo y vivirlo todo...

Se va acercando Jesús de las Penas, lleno de dolor, coronado de hirientes espinas, abrazado amoroso a su Cruz salvadora, sobre un monte de flores, mecido dulcemente por sus mujeres costaleras, seguido de nazarenos de franciscana túnica, descalzos unos; cargados con la cruz, otros.

Más atrás, despacito, a pasito muy corto, muy corto, juntos caminan Nuestra Señora de los Ángeles y San Juan Evangelista, bajo palio azul y entre un mar de rosas.

La Madre porta en una mano un “lignum crucis” y en la otra, el rosario, con el cual reza tan portentosa oración el cristiano. Su pecho es atravesado por un puñal de dolor.

El joven discípulo de Jesús -“Hijo, he ahí a tu Madre”- lleva el cáliz amargo del sufrimiento de Dios por los hombres, el amargo padecer de su Madre, el desconsuelo del joven amigo, del Apóstol amado! ¡Qué momentos tan sentidos, qué noche tan conmovedora!...

Es hoy Domingo de Palmas y Olivos. Alegre jornada, dichoso día, en el que, a la tarde, bajo las altas torres gemelas de San José, harán su salida procesional, entre cohetes y repiques de campanas, Jesús en su Triunfal Entrada en Jerusalén y María Santísima de la Estrella, fervorosa Cofradía de orígenes lasalianos.

Jesús va alegre, bendiciendo al pueblo desde su borriquita, acompañado de las gentes, que le arrojan ramas de olivo, palmas, flores y mantos, rodeado de blancos nazarenos de rojos picoruchos.

Detrás, bellísima, Nuestra Señora de la Estrella, con manto de terciopelo azul y blanca y riquísima saya, con novísima corona de plata, entre rojas flores y abundante cera, con ánforas de albos claveles, marcha lentamente por la Avenida Manuel Reina, hacia Susana

Benítez y el “Paseíto” del Romeral, a hombros de sus hijos, sintiendo la admiración de pontanenses y forasteros.

Hoy es Domingo de Ramos, alegre día, triunfante ornada que abre ya de par en par, las ricas puertas de nuestra simpar Semana Santa, valiosísimo tesoro de esta gozosa villa...

El Lunes Santo se presagian momentos especiales, vivencias mananteras singulares. El aire suave, que huele a primavera, se hace dulce y transparente, en la tarde de este día sagrado.

Se va aglomerando el gentío a las puertas de la iglesia de San José. Sale de este bendito templo la Antigua Hermandad y Sacramental Cofradía de la Sagrada Cena y María Santísima del Amor, Todo el pueblo aguarda expectante e impaciente y va llenando el florido jardincillo anterior a la Parroquia y todas las calles que rodean su fachada principal.

Es uno de los momentos más grandiosos de nuestra Semana Mayor: ver la emocionante salida de un paso que excede de las dimensiones y del peso normales, el cual semeja un gran navío, barco de amor, que se mece delicadamente, entre los aires cuasi celestes de esta mágica tarde pontana.

Jesús, rodeado de los doce, cuyas multicolores capas balancea el débil vientecillo del apacible atardecer, bendice el pan y el vino, banquete eucarístico, bendice a este pueblo cristiano, que conmemora jubiloso el Misterio de la Redención.

Jesús lleva el cáliz en su mano. El cáliz del dolor, el cáliz de su sangre inocente, derramada por nosotros, más su mirada es dulce y amorosa. Junto a Él, los doce apóstoles, contemplando todos y oyendo atentos al Divino Maestro, salvo el traidor Judas, quien pronto irá a cumplir su miserable y desgraciado cometido.

Debajo, más de cincuenta costaleros que soportan medio quintal de peso cada uno. Majestuoso y artístico paso, lleno de color y calor, que se aleja despacio, mecido blandamente, al son de acompañadas marchas, entre las níveas túnicas de sus numerosísimos nazarenos.

Detrás de Jesús, viene su Madre, la Madre del Amor: pura, inocente virgen; bella, angelical doncella, que roba nuestras miradas con su dulzura, con su maternal y celestial “carita de niña”, a la que quisiéramos quitar toda su pena, todas sus lágrimas.

Sale con mimo, bajo su diáfano palio de oro y plata, plena de esplendor, ornada de cera y flores albas, de áureo, inmaculado, eucarístico manto. María Santísima del Amor, tras Jesús, irá recorriendo lentamente toda nuestra villa hasta la madrugada, recibiendo saetas, vivas y oraciones de La Puente toda, que la traerá gozosa a su sagrada casa, pues si a la salida la saludaran las jóvenes pontanesas con multicolores pétalos, al tiempo que cruzaban ante Ella blancas palomas, en su encierro de nuevo se arracimará la multitud, que no quiere dejar de verla, no desea alejarse de su amorosa presencia.

Y falta el aire en la plaza, rebotante de infantes, adolescentes y adultos, y la emoción viva, los sentimientos más sinceros salen del corazón de los pontanos, mientras cae la oscura y misteriosa noche, cuajada de estrellas.

María Santísima del Amor,
el más preciado Lirio de La Puente,
el lunes Santo acerco penitente
mi paso hacia tu templo con fervor.
Es por ver de la pureza el color
y sentir tu belleza refulgente,
gozando en tu salida dulce ambiente
lleno de paz, de celestial calor,
Ya que Dios, Madre mía, se recrea
en tu hermosura, mi infeliz alma
también le canta con sencillo verso.
Bajo el áureo manto, que flamea
suave ante el viento de mi villa en calma,
guárdame, pues soy de tu Amor converso.

El Martes Santo hacen estación de penitencia, por nuestras calles, tres Cofradías. La primera es la Muy Antigua Hermandad de la Santa Cruz, Nuestro Padre Jesús de los Afligidos en su Presentación al Pueblo y Nuestra Señora del Rosario en sus Dolorosos Misterios.

El paso simbólico de la Santa Cruz es de gran sencillez y belleza extrema. La Cruz, signo principal y necesaria realidad del buen cristiano, está rodeada de cuatro negros velones. De estilo rococó, policromada en verde esperanza y regio oro, sobre ella descansa blanco sudario, bordado, con exquisito primor, con escenas de la pasión. A los pies de la Cruz sagrada, un monte de claveles rojos y tras ella, reluciente calavera, marfileño cráneo, con dos descarnados tibias que nos recuerdan la fragilidad de todo lo humano -débil polvo somos, flor de heno, reseca verdura que el viento arrastra-, mientras delante dos angelillos llevan los atributos de la Crucifixión de Jesucristo, Nuestro Salvador.

En 1990 pudimos contemplar admirados la primera salida de la sobrecogedora imagen de Nuestro Padre Jesús de los Afligidos. “Ecce homo”. Ahí tenéis al Hombre, al Rey de los Judíos. Atadas sus divinas manos. Vestido con túnica grana, que besa la brisa, mas desnudo hasta la cintura. Cobardemente azotado, su espalda es toda una enorme y roja herida. Coronado de finísimas y agudas espinas. Con una caña en la mano. “Ahí tenéis a vuestro Rey”, dice, cobarde, Poncio Pilato. Jesús refleja un gran, infinito dolor, en su rostro sereno. Tras El, el contemporizador procurador romano -su frente, surcada de arrugas, es un campo de miedo y de dudas-, le señala orgulloso y lo entrega a la muerte, a una horrible e ignominiosa muerte de Cruz. Este sorprendente paso, al llegar al Hogar de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, como otros, le hará su reverencia.

En la confluencia de la mananterísima calle de Santos y la de Veracruz, la Cofradía del Santísimo Cristo del Calvario y Nuestra Señora del Consuelo se unirá a la anterior, para proseguir ambas juntas, en esta ya noche cerrada, la impresionante jornada del Martes Santo pontano.

Jesús, en el Gólgota, está clavado en la Cruz. Es talla antiquísima, de autor anónimo. Su cabeza, de entornados ojos, cae sobre su santo pecho, exhausta de sufrir.

A su diestro costado, que mana sangre y agua de vida, San Dimas, el ladrón bueno, le contempla creyente y lo adora.

Frente a éste, el malvado Gestas vuelve su abominable cara hacia su siniestro lado, pues no quiere ver al Divino Maestro.

Debajo, una colina roja de flores y un artístico paso tallado en madera noble, aún inconcluso, entre cuatro altos faroles de plata, que lo rodean cual guardianes de fuego.

Nuestra Señora del Consuelo lleva sus puras manos unidas. Lleva toda la pena, todo el padecer de una Madre y, a la par, toda la calma, todo el consuelo, toda la paz con Ella, pues acepta la voluntad de los Cielos.

¡Qué bello rostro, qué dulzura en su tez inmaculada! Con negro manto de dolor, bajo palio de oro y de grana, camina serena, consolando a los pobres mortales, a sus hijos queridos, entre largas filas de negras túnicas, de rojos picoruchos, que portan primorosos estandartes...

A medianoche irá acercándose lenta, muy lentamente, a la Iglesia de San José, habiendo salido de la neogótica Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, la Cofradía del Santísimo Cristo del Silencio.

Ya no refulgen los cielos,
la noche callada queda:
es el dolor y la pena.
¡Pasa Jesús del Silencio
despertando las conciencias!

Sobre negras parihuelas, tres portadores de bruna veste sostienen los brazos y pie de la Cruz. Jesús, con la palidez de la muerte en su yerto Cuerpo, abre sus brazos amorosos sobre ella. Una treintena de hermanos de oscura túnica y cientos de devotos acompañantes, de alumbrantes silenciosos, caminan junto a Él.

Se ha hecho la oscuridad, se han acallado las voces, los murmullos de las bulliciosas avenidas. Sólo se oyen, en la penumbra de las calles de apagadas farolas, la voz del sacerdote, que comenta las estaciones del “Vía Crucis”, y las oraciones de los fieles penitentes. Un ronco tambor no deja de ser golpeado, al mismo tiempo que resuena en nuestro corazón el peso de la culpa, por tantos pecados, por tanto egoísmo, por tanta traición.

Silencio, recogimiento y oración, en la oscura y jibia noche del Martes Santo pontano...

Tradicionalmente, el Miércoles Santo es el día en el que se visitan los cuarteles puenteños, para admirar las figuras bíblicas de cada uno de ellos, expuestas apropiadamente para tal ocasión.

Cuatro cofradías y cinco pasos hacen salida procesional en la tarde maravillosa del Miércoles sacro.

Desde la calle Aguilar se va extendiendo el son tan dulce y querido de la campanita, por todos los rincones y plazuelas, por las ocres veredas, entre los dorados membrillares, por los álamos mágicos del río, entre los olivares, por huertas y viñedos.

Es el canto sencillo y monótono de la campanita, que penetra en el corazón y deja en él su suave y cálido eco, que nunca se olvida.

Es la voz de la fascinante campanita, que atrae y seduce, que nos llama constante y siempre resuena en las mananteras almas de los pontanos, la que tanto añoran y desearían oír los hermanos ausentes, quienes en estos sagrados días están lejos de su amado pueblo.

Campanita de La Puente
ya nunca podré olvidar
tu música tan celeste,
pues hablas al corazón
con tu amoroso llamar
a la simpar procesión.
Fanal divino que atrae
a todo buen manantero,
que vuela a ti a acercarse.
¡Campanita de mi pueblo,
yo nunca podré olvidarte!

La Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Lavatorio de los Pies es la primera en salir, a las siete de la tarde, de la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, en cuyo camarín se venero la sagrada Imagen de María Inmaculada, Patrona Coronada de Puente Genil.

En artístico y valiosísimo paso gótico, portado a hombros, Jesús, arrodillado, en un jardín de flores, cenáculo vegetal, ante su apóstol Simón, hermano de Andrés, que ahora se llama Cefas o Pedro, se dispone a lavarle, muy a pesar de éste, siendo testigo el joven Juan. El Hijo de Dios se anonada ante los hombres y les sirve, para enseñarles el camino de la perfección.

Calle Aguilar arriba, entre cuatro albos faroles, el viento de la tarde hace mover la blanca túnica del Maestro, los ricos, multicolores ropajes de sus discípulos amados, los purísimos manteles de la mesa eucarística.

Poco a poco, la muchedumbre, venida de todas las partes de la ciudad, ha ido llenando este bellísimo rincón de nuestra villa, sin dejar ni un espacio vacío. Sale del mismo Santuario, pleno de majestad y de hermosura, Nuestro Padre Jesús en la Oración del Huerto.

Padre Mío, soportar más no puedo
tanta soledad, tanta amargura,
álzase mi dolor a tanta altura
que tembloroso a la tristeza cedo.
Padre Mío, ¿no ves que mi denuedo
ahora el término fatal apura?
Aparta ya de mí esta cruel conjura:

¡Este cáliz cuán agrio es y acedo!
Mas no mi voluntad sea cumplida
sino lo tuya. Y, en esto, un bello
ángel baja y unge de amor su herida.
Rojas perlas su rostro y su cabello
pueblan. Mas sabe, orando, que su vida
perpetuo pone en el averno un sello.

Varón de dolores, solo, mientras sus amigos duermen, oro o su Eterno Padre. Con sus manos entreabiertas, lleno de aflicción -aunque Dios, también es hombre-, en el Monte de los Olivos de la sagrada Jerusalén, clama y suda abundantes gotas de sangre. El ángel acude junto a Él señala hacia los Cielos y le anima a cargar con la Cruz redentora.

¡Qué bellos ojos, cuán dulce boca, qué imagen tan delicada, tan magistralmente tallada, tan divina!

Con purpúrea túnica -flores, espigas de oro y pedrería-, Jesús en el Huerto, mira hacia las celestes esferas, entre un mar de brezo, lirios y claveles, en canastilla de oro, ampliada más de un metro en su longitud, en este año de 1999, en el que se recuperarán, restauradas, tras cuarenta primaveras de ausencia, las imágenes durmientes de los tres Apóstoles predilectos de Cristo: Pedro, Santiago y Juan. Valiosas aportaciones, nacidas del esfuerzo de muchos de mis hermanos, como Enrique Cosano, a quien tantos años de entrega debemos, y Antonio Cortés, nuestro Cofrade Mayor.

El ventalle de las ramas del olivo, que el aura vespertina beso, deja, tras el paso de Jesús -mecido por sus hijos costaleros, a quienes dirige muy diestramente su capataz Mariano León-, un aroma de paz, una brisa prodigiosa; mientras admiramos, con gozo, tantos detalles, tanto mimo, tanto amor, volcados para hacer de esta escena evangélica, de este magno misterio, que es cuasi divino, un brizna de gloria, en la Puente dichosa.

Nazarenos de morada túnica acompañan a Jesús y a su Madre, María, desposada con José, de la Casa de David, la Esclava del Señor, la Criatura más Perfecta, Inmaculada y Bella, la Bienaventurada Reina del Universo, la Virginal Esposa del Espíritu Santo, Hija Predilecta del Eterno Padre, Madre de Dios y de todos los hombres.

Detrás de Jesús, ha de venir su bendita Madre.
Se mecen las bambalinas, tintinean los varaes.
Las estrechas hojas del vetusto templo,
apenas dejan espacio al exornado paso.
Es inolvidable este instante y tenso, muy tenso.
Despacio, el diestro capataz órdenes da,
maneja la nave que lleva a tan alta Señora.
¡Paso a paso, poquito a poquito, suspiro
a suspiro, sale la Madre bellísima,
la Virgen Santísima de la Victoria!
Se parte el aire de aplausos
y el corazón de gozo de sus hijos amantes
¡Qué emoción, qué belleza, qué sentimientos,

al ver, un año más, calle Aguilar arriba,
a la Madre Gloriosa, mecida con mimo y dulzura
por los jóvenes costaleros, por nuestros hijos del alma!
¡Qué hermosura, qué milagro, qué grandeza!

Mi Virgen de la Victoria, robar quisiera de tu dulce rostro esas cinco lágrimas de amor y pena que resbalan por tus santas mejillas de seda. No sufras más, Madre mía, y vuelve tus verdes ojos de mar y cielo hacia tus fieles hijos, que te amamos tanto; protégenos, bajo tu azul manto, del maligno Enemigo; en nuestra noche oscura, sé nuestra luz, ya que, inmaculada, asunta al cielo y victoriosa siempre, eres Reina de todo lo creado, Madre de Dios Verdadero.

Canta ahora el hermano Manolo Cosano, una de las voces más portentosas de nuestra mananta.

Desde este sagrado y bellissimo templo en que nos hallamos, de magnífico y monumental retablo mayor barroco, hace su salida procesional, en la misma portentosa tarde del Sagrado Miércoles, la Pontificia Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia, cuyos orígenes se encuentran en el siglo XVI, con la denominación de Cofradía de la Caridad.

En la decimoséptima centuria se edificó este antiguo convento de Padres Franciscanos de Nuestra Señora de la Asunción, que hasta ha pocos años fue hospital, servido por Madres Mercedarias, y es hoy Residencia de Ancianos.

El Señor de la Humildad fue traído desde Sevilla a Puente Genil en 1706, por la Madre Carmelita Descalza Gregoria Francisca de Santa Teresa. Diego de Torres Villarreal en la “Vida” de esta venerable monja escribe que, sintiendo pesadumbre por su viaje a La Puente, se arrodilló ante la bendita imagen del “Humilde”, que en su camarín preside esta santa iglesia, y por dos veces oyó decir “Llévame” y presto dispuso todo para traerla a nuestra villa, donde es venerada por todos y cuya mirada nos atrae con su amorosa fuerza, con su irresistible ternura. Desde su altura, Jesús nos habla humildes palabras de amor, sufriendo con paciencia por nuestra Redención, por la cual “nos hizo partícipes de la divina naturaleza”.

Con majestad sentado en peña dura,
sobre la faz divina diestra mano,
a la par tan excelso y tan humano,
mira, Humilde, Jesús, desde su altura.
Siendo Tú Dios y Rey de toda albura,
cuánta llaga de amor portas ufano;
cuánto dolor, Señor, mas que no vano,
nos muestra impresionante tu figura.
Al contemplar tu cuerpo dolorido
-causa fue mi pecado, mi locura-,
un sentir me recorre estremecido.
Con mis labios, esa tu espalda pura
librar de mil heridas he querido,
gustando de tus ojos la dulzura.

En grandiosa montaña de amor y de arte, en cuya cima, sereno y dulce, se asienta el Humilde Divino, portado sobre los devotos hombros de sus hijos de “El Cirio”, saludado por escalofriante miserere, recorre despacio nuestra villa, recogiendo la emoción de todos los corazones, el fervor y las plegarias de todo su pueblo que le adora y, en su encierro, aluvión de gentes, le canta hondas saetas, bellos himnos, y le envía vivas estremecedores, en la ya prodigiosa madrugada del Jueves Sagrado, Día del Amor.

Detrás de Jesús, viene su Dulcísima Madre de la Amargura. Con blanca saya de oro fino, entre albos cirios y rojas flores, se protege de la fresca aura de madrugada con su manto grana de sol, mientras un puñal de dolor atraviesa su inmaculado pecho y se bambolean su palio de plata y sus argénteos varales. Hacen guardia, en las esquinas de su dorado paso, los Evangelistas, a la Santísima Madre, en tanto que su cándido rostro, de rosa celestial y terciopelo divino, derrama lágrimas de Amargura por su Hijo que tanta injusta afrenta sufre.

¡Qué noche tan clara y divina la del Miércoles Santo! ¡Cuántos sentimientos, qué de emociones, al encerrar a nuestros Sagrados Titulares! ¡Cuánta paz, al caminar, de vuelta a casa, en la acariciante atmósfera de la madrugada pontana, que huele a incienso y a azahar, a bengalas y a flores bellas! ¡Qué dulce cansancio nos invade el alma, tras haber presentado, gozado, un instante quizá, la dicha y la gloria!...

Amanece el Jueves Santo en La Puente dichosa. Hay una luz especial hoy de “blanco y celeste”, de sosiego y de amor. A la tarde, iremos visitando los Sagrados Monumentos de nuestros templos, hechos de espigas y de flores, de portentosos adornos, por las delicadas manos que los levantan y adecuan de modo tan exquisito, adorando el Misterio de la Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, tal como, en sus noches de vela, hacen, desde 1905, mis queridos hermanos de la Adoración Nocturna Española, en la Parroquia de Nuestra Señora de la Purificación, con la amable asistencia espiritual, durante varias décadas ya, de don Antonio Liébana Santiago.

Atardece el Sacro Jueves a las puertas de la Iglesia de la Vera-Cruz. Todo es un océano multiforme y multicolor de figuras y nazarenos, de rostrillos y capiruchos, de cera y vengalas, de cohetes y campanas.

En la calle Don Gonzalo, ante la Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, en la calle Ancha, se va aglomerando el gentío, aguardando el primer desfile, la salida un año más, del inimitable y admirado Imperio Romano-oro, color, plata, seda y acero-, que alegra y engrandece con su marcialidad y esplendor, con sus áuricos y sírguicos exornos y sus inolvidables marchas, las portentosas procesiones de nuestro pueblo.

Mientras tanto en la calle Aguilar, tras la dulce campanita, cruces de guía, banderas, faroles y estandartes, se van incorporando a la magna procesión las Corporaciones, cientos de figuras, unas tras otras, para acompañar a los cuatro espléndidos pasos de este brillante día, formando ricos mosaicos vivientes de personajes bíblicos, magnífica clase de teología, hecha arte, colorido, adorno y empaque.

Nuestro Padre Jesús Preso abre la sagrada comitiva. Su rica túnica grana de gualdos cordones y flores de oro, se mueve con dulzor, por el viento del anochecer pontano. Su bello rostro bruno nos impresiona. Atado, como los peligrosos delincuentes, seguido de dos

bárbaros sayones romanos, va hacia la Pasión y hacia su Muerte Redentora, entre cuatro altas farolas y un campo de flores hermosas, a hombros de sus fieles bastoneros, pleno de grandeza y majestad.

Tras el Divino Preso de Amor, Nuestra Señora de la Vera-Cruz, llena de belleza y de dolor, junta sus manos santas, que tantas gracias y tantos bienes nos consiguen, y sufre por todos nosotros sus pecadores hijos, derramando lágrimas de Madre, santo y benéfico rocío de la que es Mediadora Universal entre Dios y los hombres.

Allá a lo lejos, tras las largas filas de figuras, nazarenos y alumbrantes, se divisa una luz maravillosa, algo brillante que se acerca lento y que asombra y deslumbra, en la oscuridad de la noche pontana. Es Nuestro Padre Jesús Amarrado a la Columna. Golpeado y ofendido, vilmente flagelado, eleva sus grandes y serenos ojos al Cielo.

¡Qué paciente Jesús, que siendo Dios soporta por nosotros tan enormes suplicios, en elocuente silencio! ¡Qué misteriosa grandeza de Dios que da su vida por sus inútiles siervos!

Esa luz maravillosa, ese algo brillante que sorprende y embelesa, es el original y rococó templete -cuatro salomónicas columnitas de oro y brillantes espejuelos- que guarda la sagrada imagen de Nuestro Señor de la Columna.

Cierra este espléndido cortejo sacro, en esta noche de ensueño y vigilia, Nuestra Señora de la Esperanza, que camina feliz sobre los hombros de sus amantes hijos, en paso de plata rebosante de flores, bajo verde palio y verde manto, sosteniendo en sus immaculadas manos la esperanza de todos sus felices devotos, de todas sus piadosas mujeres cofrades.

Madre Santísima de la Esperanza,
admirable Rosa del Jueves Santo,
te suplico con este humilde canto
me lleves a tu Rada de bonanza.
A este gran pecador, Señora, alcanza
la paz del alma, que, con puro llanto,
con fe, acudo a besar tu verde manta,
y siempre de mí el mal lejos Tú lanza.
Venerada Esmeralda de La Puente,
a tu ermita me acerco presuroso
y a tus pies yo me postro penitente.
Madre Bendita, tengo bien presente
que nunca olvidaste al menesteroso,
pues del Cielo eres Tú Puerta Viviente.

Ya es Viernes Santo en Puente Genil. Madrugada. Aquí y allí se oyen pasos. Han sonado quizás seis campanadas. Se abren puertas y despacio se cierran. Más y más pasos, por todas las calles. Adultas y párvulas siluetas se recortan en la madrugada. Todas saben su camino. Van rumbo fijo. Alguien las mueve y atrae dulce, inevitable, amorosamente, en esta prodigiosa madrugada no terrenal del Viernes Santo.

LA DIANA

Aún la luna es fanal de la noche pontana,
presa aún la alborada de las negras sombras,
la multitud asciende al Calvario devota,
todo un pueblo hacia el Gólgota en marcha.

Ver a Jesús, Padre Bueno de mi noble pueblo,
cuando apenas deja el eco los ígneos sonos
de Febo y entre las colinas un destello
de su rayo abre, ver a Jesús los corazones
todos, anhelo es sueño y estremecimiento
del alegre pontano, de su visión sediento.

Ahora la emoción ya es dueña de la plaza,
crujen las sacras jambas de la elevada ermita,
raudo transito el pulso, quedas las miradas,
se han detenido el aire y el tiempo en esta orilla.
Ya ha de salir Jesús. ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Calla!

Rompen las centenarias notas de La Diana
el aire leve, la postrer sombra y toda el alma.
“El Terrible”, desde el Pórtico, abre sus brazos,
bendice a sus hijos, de amor con un lazo
invisible los ata. Sólo la música habla.
No hay palabras. Complacida y llorosa a su lado
la Bendita Señora de los Dolores calla.

La brisa alegre del joven pintor del mundo
lleva el son inolvidable de La Diana,
que quema el corazón y al más sereno pulso
estremece. No osan las gorjas formar palabras.
Hienden las auras del alba mil cálidas palmas.

El brillo de dorados escudos y corazas,
clámides y haldas, bajo los albos plumeros
al viento de Los Romanos, lidia con la llama
naciente y brotan de sus exornados pechos
mil rayos que cortan el tibio aire de mañana.

¡Es La Diana! Momento un año anhelado.
Es todo un pueblo asido o la Cruz salvadora,
que el Divino Nazareno, enamorado,
en su níveo hombro immaculado soporta.

¡Es La Diana! Alabanza anual del pontano
sencillo, que del mundo al Redentor adora.
Es el silencio de todo un pueblo extasiado,

que habla con Dios por medio de estas sublimes notas.

¡Es La Diana! De emoción sublime instante
que, por años y siglos, La Puente, alba nave,
que Genil circunda y entre olivos mora,
cual sin por homenaje ofrece al Rey de la Gloria.

En la recién remozada Plaza del Calvario, al lado de Jesús Nazareno, Timonel Infalible de este alegre pueblo, blanca nave feliz, está Nuestra Señora de los Dolores -su bendito corazón es atravesado por siete cuchillos-, bajo su manto azul cielo, bordado en fino oro, y hermosísimo palio transparente, sobre su gótico paso de plata. Entre saetas, vivas y oraciones la Madre de Jesús, María Santísima de los Dolores, hará su piadosa y larga estación de penitencia, junto a sus fervorosos hijos, cerrando esta prodigiosa procesión, que va de sol a sol, en el día más solemne de La Puente.

Tras el Divino Nazareno, que camina poco a poco, rodeado de una multitud de encapuchados penitentes y devotos alumbrantes, sigue el segundo paso: el Santísimo Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora del Mayor Dolor.

Jesús, exhausto de tanto sufrir, clavado en el Santo Madero, eleva sus ojos a los altos cielos: Padre, ten misericordia de los hombres y “perdónalos porque no saben lo que hacen”. “¡Padre, en tus manos entrego mi espíritu!”.

Se parte el corazón de su Madre Santísima del Mayor Dolor, que llora al pie de la Cruz. San Juan, el discípulo amado, trata de consolarla. María Magdalena, orante y genuflexa, contempla doliente la desolada escena. Y el romano Centurión, en el extremo del paso, delicadamente tallado, pleno de color y rojas flores, dice arrepentido:

“Verdaderamente este Hombre era Hijo de Dios”.

Delante de María Santísima de los Dolores, completa este singular y sacro séquito, la Cofradía de Nuestra Señora de la Cruz y San Juan Evangelista. Ante la Cruz salvadora, envuelta en blanco sudario, caminan juntos la Madre de Dios y el adoptado hijo. Ella, sonrosada su cara por la pena, deja traslucir un rayo de paz y de sosiego. El joven apóstol, tan amado de Jesús, parece ofrecer su fuerte brazo a la Bienaventurada Señora. Juntos caminan sobre los hombros devotísimos de sus cofrades.

La sagrada imagen del Divino Nazareno, que llegó -tal vez de tierras granadinas, sin duda del cielo-, a nuestra villa, en 1622, preside la magna procesión.

“El Terrible” camina, con su pesada Cruz, Árbol de Vida, poco a poco, sobre un lienzo de morados lirios, en labrado paso de nobles maderas y plata, a hombros de sus hermanos bastoneros, siempre rodeado de los fieles hijos de “Las Cien Luces”, de cientos y cientos de penitentes y alumbrantes, descalzos unos; otros, con pesadas cruces o cadenas, quienes lo han de acompañar, tras pasar el viejo y pétreo puente, hasta el apacible y blanco barrio de Miragenil y, a la tarde, ya de regreso, hasta su bendita y elevada mansión, hasta su santo Pórtico.

¡Cuantas veces hemos ascendido, “Terrible Nazareno”, hasta tu ermita, en busca de tu divino consuelo, hemos vuelto felices con el bálsamo de tu paz, con la fuerza de tu gracia, porque eres Amigo que nunca defrauda, Padre amoroso de todos los pontanenses, que tienen en ti Refugio seguro, su Roca salvadora, dulce Hermano Mayor y Señor misericorde, quien siempre y a todos protege y perdona!.

El Terrible

He subido a la cumbre del Calvario bendito,
de labores y días agobiado y herido,
y, del Pórtico sacro a la sombra, el cobijo
y un muy dulce frescor, al llegar, he sentido.

He cruzado las jambas de la ermita callada
y mi pulso, aún raudo, ha gozado la calma.
He acercado ufano mi paso hacia el aro
y he buscado afanoso el consuelo del alma.

En su noble camarín, sobre las flores bellas,
coronada de rayos, en dorada diadema
de espinas, su frente, el Señor se nos muestra.

He acercado osado mi pie hasta la grada,
he alzado mis ojos a su divina talla,
no he podido evitar una emoción extraña,
al hallarme, pecador, ante el Rey de las almas.

He detenido, al cabo, ante sus ojos bellos,
mis cansadas pupilas y describir no puedo
que tiene su mirada, hecha de amor y fuego,
esa mirada suya, hecha de paz y cielo.

Soportar largo espacio, Jesús, es imposible
la divina expresión de tu bendita efigie.
He bajado los ojos. Es, Señor, imposible
sustentar un instante tu mirar invencible.

Y esos labios, Señor, que, si entreabiertos,
parecen decir de amor, gratos, tiernos consejos
a nuestro pobre oído y conocen aquello
que afana o nubla los tristes pensamientos.

De fuerza y majestad, de amor y grandeza,
tu sagrada imagen, Buen Jesús, está hecha,
tu celeste figura ya en mí llevo impresa:
tu mirar y tus labios me han dejado su huella...

La noche del Viernes Santo
tiembla de pena La Puente;
de negro el Imperio Romano,
de saco el Apostolado,
lloran de Jesús la muerte.

La recoleta plaza ante la Ermita del Dulce Nombre es un ascua de luz, un mar de gentes, en la triste noche del Sacro Viernes.

El Santísimo Cristo de la Buena Muerte abre sus amorosos brazos, sobre un huerto bello de claveles y lirios. Su divina sangre corre por su rostro y por su pecho. Colmado de dolor, cumplido su sacrificio, Jesús dice “Todo está acabado” “e inclinando la cabeza, entrega el espíritu”. Sobre Él había una inscripción: “Este es el Rey de los judíos”.

Entre bengalas e incienso, entre alumbrantes y cera, se acerca Jesús por la calle Don Gonzalo, la más emblemática de las rúas pontanas, cuyas aceras y cuyos numerosos balcones y miradores llena la muchedumbre. Noche de misterio, de luto y de pena. Mas Cristo, desde su Cruz victoriosa, sonrío tierna, apaciblemente, sobre los orgullosos hombros de sus hijos.

Durante la decimoctava centuria nace la Hermandad de Nuestra Señora de las Angustias. La Madre de los Ausentes, cuyo santo pecho atraviesa una agudísima espada de plata y dolor, sostiene en su virginal regazo al Rey de Reyes, a su Hijo divino, muerto por nuestros horribles pecados, para nuestra eterna salvación. Un velo de angustia cubre sus ojos, mientras la sangre redentora corre por el yerto cuerpo de Jesús. Santa María Magdalena besa tiernamente la mano del Salvador. El joven Juan contempla y adora a su amado Maestro Divino.

El paso, de grandes proporciones, es todo un jardín de flores bellas, rosáceas varas de gladiolos, entreabiertas y perfumadas rosas.

Centellean los faroles y el tibio aire de la noche hace temblar el albo sudario de la Cruz liberadora. Seis varales, repletos de hijos devotos, giran y se elevan, cual celestial saludo del mayestático paso, ante las puertas de la Parroquia de Nuestra Señora de la Purificación, el más antiguo templo de Puente-Genil.

Por el viejo y bucólico barrio de La Isla, que se mira apacible en el mítico río, camina la singular Cofradía de San Juan Evangelista. El escritor sagrado de Patmos, sobre el águila de alas desplegadas, sostiene en su mano izquierda una enhiesta palma, en tanto que su índice derecho señala hacia la Cruz del Celestial Maestro, sacrosanta señal que une a todos los cristianos y a la cual, día tras día, debemos abrazarnos.

Sobre una colina de luces y flores, el joven apóstol, amado de Jesús, se acerca ufano, a hombros de sus jóvenes cofrades, entre sus fieles nazarenos de verde túnica, mostrando una isla de felicidad, un remanso de gozo y juventud, en esta negra noche del Viernes del Gran Pesar.

Ya está la procesión a lo largo de la calle Don Gonzalo, camino de las plazas Nacional y de Emilio Reina. A lo lejos se entreven unas lucecitas, que se bambolean. El

gentío es enorme. No hay espacios vacíos. Desfila el Romano Imperio con sus negros plumeros, a los sones de “Gloria al Muerto”. Judas malvado, con la bolsa de treinta denarios, arranca desesperado sus deshechos cabellos. La blanca Muerte y el rojo Demonio, una al otro encadenada, se abrazan contentos. ¿Qué es toda esta confusión? ¿Qué son estas amedrentadoras escenas?

Los negros, “secos, graves, roncros, lentos” tambores del Apostolado, de deformes picoruchos, siembran de pesar y espanto esta luctuosa noche.

Aquellas lucecillas que ya se han detenido por “Los Frailes” -magdalenas y anís en la madrugada-, junto a la cuesta Vitas, son las del primoroso paso que cierra esta maravillosa noche pontanesa. Sobre plateada repisa, bajo delicado y argénteo palio, María Santísima de la Soledad, con negro manto de áureos y finos bordados, con su dulce rostro de azucena, cubierto de dolorosas lágrimas, camina sola tras las huellas de su Divino Hijo muerto. La grácil y bellísima “Madre de la Isla”, con sus orantes manos unidas, es consolada por sus hijos, que con mimo la portan, entre afiligranada cera y lindas flores, por sus fervorosas hijas que la vitorean, cantan y rezan, por sus amantes cofrades, de negras túnicas y albos fajines, que le envían saetas, vivas y piropos, su devoción constante.

¡Hermosa Madre “chiquita”, no llores porque vivo Jesús saldrá el Domingo de nuevo a la luz del día, tú bien sabes que has de ver pronto sus santos ojos; no llores más, Lirio purísima, que el Hijo del Altísimo, Hijo tuyo también, no puede morir jamás, es Dueño de la vida y de la muerte!..

Cantan las portentosas voces de la “Schola Cantorum Santa Cecilia”.

Sábado Santo

Jesús ha muerto. La Tierra toda se conmueve.
De arriba a abajo, el velo del sacro Templo
se ha rasgado. Los cuerpos yertos se aparecen.
Grande terror, espanto grande, llena el Universo.

Sábado santo en la noche. Silencio.
Dolor, luto, pesar y llanto.
Contemplad a Jesús, herido y muerto.
Serenos yace. De su santo costado
aún brotan rojos rubíes de sangre,
de sus sienas divinas corren aún encendidos corales.
Contempladle. En delicada urna de cristal,
majestuoso, humano, tierno y adorable.
Camino del Sepulcro. Triste y bendito instante.
Pena, aflicción, silencio y soledad.

Madre dichosa. Dios no puede morir.
Pronto, Triunfante, ha de dejar miserias y sudarios
y, a nosotros, tras su inmenso sufrir,
las celestes esferas y los divinos prados,
por feliz herencia. Contemplad a Jesús en su Santo
Sepulcro, que un día, gozoso, ha de venir
sobre las blancas nubes, de angélicos coros rodeado.

Por la bulliciosa “Matallana” pasa la grave, austera y antiquísima procesión del Sábado Santo, cuyos orígenes se hallan en la decimosexta centuria. Negros nazarenos, negros estandartes, negras y bellas mantillas sobre las elegantes beldades pontanas.

La Corporación Municipal, presidida por el Ilmo. Sr. Alcalde de la Villa, acompaña a este solemne séquito, junto a los muy dignos y por todos queridos sacerdotes de nuestro pueblo.

Todo es silencio, severidad, belleza, en esta noche de gozo y vigilia, en la que Nuestro Señor del Santo Sepulcro y su Madre Santísima de las Lágrimas, con sus santas manos entreabiertas, van derramando gracias, en medio del calor de sus jóvenes y adultos hijos de “El Viejo Pelicano”, escoltados por los coraceros de “La Judea”, envueltos en las notas del salmo “In exitud”, rodeados de engalanadas figuras, y caminan hacia la callada y vetusta Ermita del Dulce Nombre de Jesús, de orígenes mudéjares, donde serán despedidos con sentidas saetas, oraciones y vivas, por la multitud de fervorosos pontanenses y piadosas pontanensas, que no desean que se cierren las puertas de la artística ermita, tras estos pasos tan bellos, en esta noche de espera, inflamada de amor e ilusión...

“Hemos visto al Señor”. Domingo de Resurrección. El más hermoso domingo. “Jesús ha resucitado”. Hay un no sé qué en el aire distinto. Un algo de paz, de gozo y claridad, en nuestra alegre villa. Un sentir de sosiego, de felicidad y dulzura, envuelve este día dichoso a todos los pontanenses. Es un día sublime en el que el rojo astro que se alza en el horizonte envidia todo el color que en La Puente se derrama. Color de las fastuosas filas de acicaladas figuras, del brillo que deja a su marcial paso el Imperio Romano -cuya Santa Misa en “Jesús” es una pura delicia-, de las representaciones de nuestras cofradías, corporaciones y grupos de hermandad, de la variopinta multitud de miles de criaturas, venida de los cuatro puntos cardinales, que llena nuestras calles y avenidas; color y amoroso calor, ante todo, de la imagen bellísima, magistralmente tallada en la decimoséptima centuria, de Jesús Resucitado, que se eleva feliz, en su paso de plata y albas flores y entre sus blancos y gozosos nazarenos.

Jesús triunfante y vivo, Cordero de Dios victorioso, bendice a todo Puente Genil, a toda la muchedumbre, a todos los que gozan de este impresionante y único cortejo sagrado, en esta mañana clara y maravillosa de Pascua de Resurrección, que se prolongará hasta el radiante Día de la Cruz, culmen de la Semana Santa Chiquita, que cierra, con áureo engarce, multiforme arco iris de mananerismo de cien facetas y mil matices, la más singular y contrastada joya entre todas las sacras semanas del orbe cristiano, novena maravilla viviente del mundo, secular derroche simpar de devoción, hermandad, arte, amor y belleza, que es la grande y singular Semana Santa de Puente Genil, nuestra lúcida, sin igual y amada villa, que se mira altiva en las “ provechosos aguas del divino Genil “, brillante faro cordobés, en el mismo corazón de nuestra Andalucía, villa querida, blanca y eterna, luminosa nave feliz que se mece entre las verdes ondas, al sur de la España inmortal.

¡Viva Jesús Nazareno! ¡Viva María Inmaculada!

Manuel Ramón Núñez